



# *Leyendas*

## *Urbanas*

### *MUTATO NOMINE DE TE FABULA NARRATUR*

*ALDRO LAHN*

Cándido Cienfuegos hacía más honor al apellido que al nombre. Era un individuo obeso, de ancha frente y estrechas ideas, ojillos pequeños agorrinados y un bigote pelirrojo que se mantenía tal a fuerza de tiente. Hacía mucho que había dejado atrás la frontera de la cincuentena y aún más atrás cualquier atisbo de ilusión en su vida que no fuera la de ganar dinero a toda costa.

Se supone que en algún tiempo fue niño y en otro adolescente, y que probablemente, había sentido algún día el amor, pero eso quedaba tan lejano para Cándido que, se diría, lo había borrado para siempre de su memoria. Triste rémora de ese olvido era un matrimonio de conveniencia y un hijo al que hacía demasiado tiempo que había dejado de considerar como tal. Sin embargo, esas pequeñeces no afectaban, en principio, el talante de Cándido. Era éste de carácter visceral, sanguíneo, pronto a la agresividad y, como sucede a menudo con este tipo de personajes, cobarde, incapaz de mantener una opinión o un punto de vista “per se”, a menos que se supiera arropado. Otras “virtudes” que le adornaban eran un ideario facistoide y un acusado racismo no fundamentalista: odiaba a toda persona de cualquier cultura que no fuera la occidental y cualquier color que no fuera el sonrosado de su piel. Su, podríamos convenir, fracaso familiar era algo que no le incomodaba en absoluto, al revés, era una ventaja. De este modo, podía dedicar todo su tiempo al trabajo. Cándido era director de una oficina

bancaria y la inexistencia en la práctica de una familia le había venido de perlas en su carrera profesional, al permitirle poder dedicar todas las horas que hicieran falta a la entidad en la que prestaba sus servicios. Bien, al trabajo y a alguna escapadita de cuando en cuando a una selecta casa de masajes en donde podía darse alguna que otra alegría.

Sin embargo, todos tenemos algún deseo que queremos a toda costa, y Cándido quería sobre todas las cosas, ser famoso, ser conocido. En una palabra, aparecer en televisión.

El era consciente de las dificultades que esa meta entrañaba. En primer lugar, carecía en absoluto de cualquier mérito artístico. A duras penas diferenciaba un aria de ópera de un *rap*. La lectura que más le atraía era la de las cotizaciones bursátiles y, si algún día lo tuvo, carecía absolutamente de atractivo físico. Y, sin embargo, se decía ¿por qué no volver a probarlo? Cándido tenía un recurso que jamás le había fallado.

La verdad es que era un secreto muy bien guardado y nadie, excepto quizá algún allegado puntual –obvio es decir que Cándido no había tenido jamás un amigo verdadero- pudo haber sospechado nunca cuál era el ardid secreto de Cándido. En cierta ocasión, hacía ya muchos años y en oscuras circunstancias, Cándido había entrado en contacto con personas adeptas a ritos satánicos.

Si habéis observado su carácter, habréis colegido fácilmente que este tipo de personajes con escasa cultura son muy receptivos con estas prácticas y Cándido cayó de bruces en ella en un momento dado de su vida. Incapaz de reconocerse méritos por sí mismo, su autoestima, que siempre había sido muy baja, fue “sabiamente trabajada” por un profesional del ramo. Y, a cambio de generosas sumas, se le convenció del enorme poder de las fuerzas del mal. Cándido practicaba ritos de una supuesta *magia negra* y estaba firmemente convencido que gracias a esos rituales había conseguido triunfar en la vida. Evidentemente, para Cándido triunfar en la vida se reducía a tener un sueldo aceptable a cambio de carecer de vida privada y a comprar un poco de amor en algún burdel de buen tono.

Por otro lado, le convenía, pensaba, hacer alguna ofrenda, ya que los resultados de ese año en el trabajo no eran demasiado halagüeños. Así que empezó a invocar de nuevo el nombre de su señor oculto y secreto solicitando los favores de siempre y añadiendo el del famoseo televisivo.

La ejecución de los ritos no suponía problemas. Los hacía en la propia oficina, fuera de horas de trabajo y prácticamente no se notaba nada, excepto un cierto aroma dulce y almizclado en el ambiente y, alguna que otra vez goterones negros en el suelo que luego eran afanosamente limpiados por él mismo.

Casualidad o no, las cosas le volvían a sonreír, ya que al cabo de pocos días había sido felicitado por la superioridad por su dedicación a la empresa y los buenos resultados que últimamente había logrado.

Un buen día algo varió en la monótona y rutinaria vida de Cándido, algo imperceptible pero que, como veréis, tuvo una gran trascendencia. La señora que hasta

ese momento había hecho las labores de limpieza de la oficina se jubiló y su lugar lo ocupó una joven marroquí.

La simple visión de Draxia Revas, que así se llamaba la muchacha, provocaba en Cándido los más encontrados sentimientos. El odio hacia el extranjero y el deseo incontrolado de poseerla. Al fin, el hecho de intentarlo y ser rechazado por ella lo enfureció de tal manera que perdió totalmente los estribos y la golpeó. Inmediatamente, quiso reaccionar pero Draxia se lo impidió. Se levantó lentamente y le dijo:

- Aquello que tanto ansiabas, va a cumplirse

Y sin más, dio media vuelta y salió corriendo de la oficina. Cándido quedó un tanto confuso e intentó marchar tras ella. Sin embargo, lo pensó mejor, cerró la puerta de la calle y se preparó de nuevo para una ofrenda. Se encerró en el pequeño trastero que hacía las veces de archivo y del fondo de un armario metálico sacó los instrumentos del ritual y la túnica negra. Lentamente, empezó a desnudarse.

Al día siguiente, Cándido acudió, como cada día, a su lugar de trabajo. Una buena cena y un buen polvo, algo caro eso sí, le habían hecho olvidar sus problemas del día anterior. Cuando entró en su despacho notó, sin embargo, que algo no estaba como era habitual. Repasó mentalmente con la mirada la pequeña estancia: la mesa siempre limpia y ordenada, el ordenador, el mueble auxiliar con los expedientes, su carpeta de mesa... Todo parecía en orden.

Sin embargo, una mirada más atenta le permitió descubrir bajo el teclado del ordenador un sobre y, bajo el monitor del mismo, un pequeño diablillo de plástico que le sonreía sardónicamente. Por alguna extraña razón, Cándido supuso que algo iba mal. Con sus gordezuelos dedos temblorosos rasgó el sobre y empezó a leer la misiva.

“Empiezo esta carta sin dedicatoria toda vez que me ha sido imposible encontrar un calificativo que le cuadre. Usted sabe perfectamente quién soy y lo que hacía en esta oficina. Le diré, además, que en mi país de origen era técnica en informática e imagen, por lo que entenderá perfectamente lo que dentro de poco tiempo va a sucederle.

Se me olvidaba: hace unos días instalaron una cámara web de seguridad para el archivo. Mi curiosidad y mi profesionalidad me empujaron a inspeccionar el aparato y lo que filmaba. No me fue ningún problema, por tanto, hacerme con la grabación y depositarla en manos que la agradecerán. Tiene usted todo mi desprecio”

Cándido miró al sonriente diablillo y tuvo la certeza de que su deseo se había cumplido. Saldría en televisión aunque probablemente, su carrera profesional daría un giro considerable. Lívido atisbó que el rostro del jefe de zona, que en ese momento entraba en la oficina, no era, precisamente, angelical.